

**NITYANANDA**  
**EN PRESENCIA DIVINA**

M. U. Hatengdi  
Prólogo de Swami Chetanananda



COLECCIÓN GRANDES ALMAS

M. U. Hatengdi  
Prólogo de  
Swami Chetanananda

**NITYANANDA**  
**EN PRESENCIA DIVINA**

Traducido por Federico Oliveri



Shankara, el gran monista encarnado, al componer el himno *Soundarya Lahari* en alabanza de la Madre Universal, escribió que era como ondear ante el sol una luz hecha con su propia llama, como ofrecer a la luna una oblación hecha de gotas exudadas del feldespató, o como satisfacer al océano con su propia agua. De manera similar, este pequeño tributo solo ha sido posible a través de su propia Gracia.

## **Días de paz y felicidad**

*El capitán M. U. Hatengdi, secretario de la Marina retirado en la Cuarteles Centrales Navales en Nueva Delhi, fue discípulo de Nityananda por largo tiempo. Este capítulo es su historia.*

Recuerdo haber visto a Nityananda por primera vez cuando yo tenía cinco años de edad. Era 1920 y él estaba en el establo del fallecido coronel V. R. Miraijkar, en Mangalore. Muchos años más tarde, el Coronel relató que al volver a casa después de ocho años en el extranjero, había discutido con su madre sobre el joven maestro de quien ella era devota. No entendía cómo una mujer tan quisquillosa con la limpieza podía tolerarlo, debido a que en esos días, el solitario y muy delgado joven se sentaba o recostaba sobre el felpudo, en el estiércol o en cualquier lugar, con tal de evitar las multitudes. La madre del Coronel ordenó a su hijo que se ocupara de sus propios asuntos. Él me dijo que lamentablemente pasaron décadas antes de que pudiera reconocer la grandeza de Nityananda.

A principios de 1930 Nityananda todavía vagaba por el sur de la India y pasó mucho tiempo antes de que lo volviera a ver. De hecho, no fue hasta que sentí un deseo urgente de un maestro espiritual, que un primo que solía visitar Ganeshpuri cuando viajaba a Bombay, accedió a llevarme al ashram. Así fue que el 10 de junio de 1943 tuve mi primer darshan con el Maestro. La experiencia provocó en mí la sensación de un reencuentro con un amigo perdido mucho tiempo atrás y una inusual paz interior. Recuerdo no haber estado nervioso, a pesar de su silencio esa mañana. Más tarde, cuando estaba en el pequeño porche fuera de su habitación, con audacia le hice tres preguntas. Él dio respuestas adecuadas,

aunque la tercera concernía cuestiones mundanas y su respuesta me pareció dar a entender que yo debía pensar mejor antes de preguntar.

Después, vi al Maestro todos los domingos durante un tiempo. En una visita, un joven corrió hacia mí fuera del ashram y me preguntó si podía venir. Le dije que creía que todo el mundo era bienvenido y lo llevé conmigo. Nityananda estaba lejos, pero pronto lo vimos acercarse del lado del río. Parecía gritar al extraño a mi lado. Al entrar al ashram el Maestro volvió a gritar, le preguntó al asustado hombre quién lo había llevado y luego le dijo que se fuera. Volviéndose hacia mí, me dijo:

*“Aquí nunca debes hablar con nadie. La gente viene con diferentes inclinaciones (vasanas) y no debes interferir”.*

Mi estricto cumplimiento posterior de esta directiva me trajo problemas en el futuro, pero no importa. En ese momento entendí la necesidad de no abirme mucho a los demás y no distraerme de mi práctica espiritual.

En estas primeras visitas, a menudo cuando yo llegaba el Maestro no estaba y podía pasar una hora antes de que apareciera. Siempre esperaba con ansiedad hasta que lo veía, porque había poca gente alrededor y el ashram se sentía vacío. Ignorante de sus desapariciones habituales y repentinas, pensé que tal vez viajaba periódicamente a Kanhangad, así que le pregunté al respecto. Respondió:

*“Este no se irá a ninguna parte en el futuro, solo aquí”.*

Como para evitar más preguntas, agregó, *“Por otra parte, viajar es difícil en estos días”.* Esto fue durante la Segunda Guerra

Mundial, cuando se aconsejaba a la población civil viajar solo cuando fuera necesario. A partir de entonces, Nityananda siempre estaba presente cuando yo llegaba, ya sea sentado en el porche o en su habitación.

Los años 1944-1948 fueron de oro para mí. Felizmente establecido cerca de Bombay, pasaba un fin de semana de cada mes en Ganeshpuri, a menudo a solas con el Maestro. Él siempre me saludaba con cariño en konkani, preguntando “¿Has venido?”.

Durante estas visitas algunas cosas se hicieron costumbre. Por ejemplo, señalaba en qué habitación me quedaría. Había solo dos, una a cada lado de la suya, pero lo peculiar es que siempre alternaba una y otra, sin error. Mis actividades también seguían una rutina. Primero me bañaba en las aguas termales y luego me sentaba a la izquierda de la entrada. Él siempre se sentaba en el primer escalón, con el estrecho umbral de la puerta bloqueando mi visión de él por completo. Nunca se sentó a la derecha, en cuyo caso hubiéramos podido vernos mutuamente. Se sentaba durante media hora o más y luego caminaba para regresar al mismo lugar. Por lo general, esto continuaba así a lo largo de las horas de vigilia de mis visitas, que mayormente transcurrían en silencio.

Al principio, en cuanto Nityananda se sentaba cerca de mí me volvía somnoliento, y utilizaba toda mi fuerza de voluntad para mantenerme despierto. Poco a poco, esta experiencia disminuyó. Nunca le pregunté su significado, pensaba que estar sentado cerca suyo era una forma de meditación.

Puntualmente, a las diez cada noche, me pedía que me retirara y cerrara las puertas. Entonces, después de apagar la pequeña lámpara de queroseno, me acostaba en una oscuridad total, escuchando una serenata selvática de ranas y grillos y viendo a las luciérnagas iluminar los árboles con una regularidad rítmica. El Maestro abría la puerta con lentitud a la misma hora cada mañana

y se quedaba allí, de pie. No puedo explicar cómo, pero mis ojos se abrían cada vez que él estaba de pie en la oscuridad. Tan pronto como se daba cuenta de ello, decía: “*Son las cuatro*”, cerraba la puerta y se marchaba. Me levantaba de inmediato, me bañaba y tomaba mi lugar cerca de la entrada. Luego se unía a mí para el café, servido generalmente negro y endulzado con *ghi* (mantequilla clarificada), ya que la leche era escasa. El cariño que me mostraba era evidente sobre todo cuando nos sentábamos solos después de estas sesiones de café matinal. Estos fines de semana de paz y felicidad me hacían extrañar su compañía, esperaba estos rituales mensuales con ansias.

Muchas personas me han dicho que la presencia del Maestro en sus vidas les daba un sentido tangible de seguridad. Sé que siempre sentí que velaba por mí, y un incidente de 1946 lo ilustra.

Era temprano en la mañana, estaba oscuro y el piso estaba resbaladizo y traicionero. De camino a los baños me caí y me corté la pierna con las afiladas piedras. Dolorido y sangrando mucho, lavé la herida con agua de lluvia hasta que pensé que había dejado de sangrar y luego me di mi baño. Más tarde, estaba en mi habitación observando la herida cuando Nityananda apareció de repente, echó un poco de aceite de sándalo en el lugar exacto, y se fue como había venido, sin decir una palabra.

He dicho que la mayor parte de nuestro tiempo transcurría en silencio; sin embargo, él a veces hablaba. Lo que me dijo al concluir mi tercera visita fue particularmente significativo.

*“En la vida, cuando una persona supera un obstáculo, otro se presenta. Este proceso continúa hasta que la experiencia de uno es completa, y la mente es capaz de afrontar cualquier situación con la perspectiva correcta”.*

Para mí esto fue una idea desalentadora, porque todavía era joven y tenía varias ambiciones mundanas. Ver la vida como una carrera de obstáculos no era una perspectiva feliz. Sin embargo, habiéndolo buscado para mi desarrollo espiritual y no por beneficios mundanos, yo sabía que al final no sería decepcionado. Ya me sentía bendecido con una gran seguridad interior y anhelo de más de su gracia.

La conversación del Maestro podía parecer casual, y a veces pasaban años antes de que apreciara su significado. Por ejemplo, una noche rompió el silencio para decir solamente que las palabras de Jesús también se podían encontrar en la *Bhagavad Gita*. Esto era algo de lo que yo era bastante ignorante en ese momento.

En otras ocasiones he descubierto que las palabras pronunciadas por él estaban destinadas a cumplirse. Más tarde me enteré de que cuando le preguntaron cómo reconocer a alguien que había alcanzado la sabiduría divina, Nityananda respondió que las palabras de esa persona (*jñani*) siempre se cumplían.

En 1944 tuvo lugar una conversación muy interesante. Yo sentía que no estaba haciendo ninguna práctica espiritual y me sentía mal por ello. No le pregunté qué debía hacer por temor a que me prescribiera algunos ejercicios respiratorios severos o entonación de mantras. Una noche, cuando nos sentamos juntos, vacilante le pregunté si había un libro en particular que me aconsejara leer. Su respuesta fue inmediata: *“No es necesario, pero si tienes que hacerlo, lee la Bhagavad Gita”*.

Nunca me sorprendió el desinterés general de Nityananda por los acontecimientos mundanos, pero yo sabía que él estaba al tanto de todo. Dos días después de que Lord Mountbatten se convirtiera en virrey, llegué al ashram para mi fin de semana mensual.



Sentado junto a mí, el Maestro dijo, “*Mountbatten es un buen oficial naval, pero carece de experiencia en política*”. Sin duda, hoy un historiador objetivo podría corroborar esta opinión\*.

Un sábado por la noche, faltando solo cuatro semanas para la independencia de la India, Nityananda hizo algunas declaraciones de peso sobre el futuro. En primer lugar, preguntó, “¿*Qué significa swaraj?*” Lo definió como ‘libertad’ o ‘autonomía’, y dijo que la India necesita más tiempo para completar su formación, dando a entender que nuestro país enfrentaría considerable mendicidad y sufrimiento. Parecía decir que la continua dependencia de la India de la asistencia externa limitaría nuestra libertad. Añadió que agrupaciones codiciosas estaban forzando la situación, de la misma manera que las personas tratan de hacer que una fruta madure antes de tiempo. Incluso predijo la división de nuestro país en varios estados a causa de rivalidades y celos. Todo lo que dijo se ha cumplido.

No lo pude entender en ese momento, abrumado como otros por la euforia del potencial y la grandeza futura de la India. Me acuerdo de extranjeros que decían que con tantos caballos de fuerza, solo había que apretar el acelerador. Por desgracia, la realidad de hoy no está a la altura de las esperanzas de ayer.

Meses más tarde, en septiembre de 1947, volví a oír al Maestro hablar de un gran líder nacional. Dijo que quedaba poco tiempo para este individuo, y se preguntaba si no estaba ya satisfecho con toda su fama y logros. Por qué no se limitaba a retirarse de la política, cerrar los ojos y pensar en Dios; Dios iría por él. Dio a entender que era un alma espiritualmente avanzada. Agregó que

---

\* El conocimiento de Nityananda de los acontecimientos mundiales era increíble, sobre todo en los primeros días en Ganeshpuri, debido al hecho de que el ashram estaba aislado en la selva, sin televisión ni periódicos de ningún tipo.

una persona sola, independientemente de su grandeza, no puede hacerlo todo. En cambio, debemos tratar la vida como una carrera de relevos, cubriendo el trozo de pista que nos corresponde lo más rápido posible antes de pasar el bastón.

Cuatro meses más tarde, Mahatma Gandhi fue asesinado.

En una noche oscura, en junio de 1945, yo estaba en mi lugar habitual junto a la puerta de la habitación más cercana a los baños. Curiosamente, Nityananda estaba sentado detrás de mí, a unos diez metros de distancia. Los dos estábamos sentados hacia el sur y mirando en la oscuridad cuando de repente gritó en konkani: “¿Quién está ahí?”. Tuve que forzar la vista para ver a una persona moviéndose hacia nosotros con lentitud. “Soy yo”, respondió el hombre. Detrás mío estalló otro grito, “¿Quién?”, preguntó el Maestro. Esta vez, el hombre dijo: “Satyanarayana prasad.” El Maestro gritó: “¿Prasad de quién y para quién?”. Repitiendo esto, añadió, “¿Se conoce algo acerca de este lugar (es decir, él mismo)?”.

Había aceptado a Nityananda como la encarnación de alguien importante desde que recibí su darshan. Este incidente solo fortaleció mi fe y me pregunté por qué parecía enojado. Volviendo a mirarlo, lo vi en una postura que irradiaba tal poder que aparté mi vista con rapidez. Con gran amabilidad me dijo,

*“Prasad significa algo recibido con el mismo Dios presentándose, plenamente satisfecho, en la forma elegida y otorgando el don. Ahora puedes tomarlo”.*

Al ofrecérmelo, yo sabía que el prasad había sido consagrado. Señalando al extranjero, luego agregó: “Ese hombre no vino por prasad sino por sankalpa”. Un sankalpa es un voto que se toma para realizar alguna acción si una oración es respondida, una práctica

que el Maestro generalmente desalentaba. Cuando el hombre comenzó a contar su historia, mi guru lo amonestó y le ordenó volver al ashram del que había venido.

Pasaron varios meses hasta que una noche el Maestro dijo:

*“Las madres son más importantes, ellas saben lo que los padres solo creen saber. Al niño, la madre le señala a su padre, sus hermanos y hermanas; esto, el niño lo cree sin dudar. La madre es para el niño lo que el guru es para el discípulo. El guru revela a Dios al discípulo y permite que experimente su presencia”.*

A veces negaba responsabilidad de sus acciones, incluso de las más benévolas. Una mañana de 1946, mientras estábamos sentados en nuestros lugares habituales, un hombre se acercó. Nityananda se levantó, tomó un palo del techo, lo golpeó cuatro o cinco veces, puso el palo en su lugar, y volvió a sentarse. El hombre se retiró sin hacer un sonido. Al ver mi sorpresa, el Maestro dijo: *“Este no lo ha golpeado. Vino para ser golpeado”.* Es cierto que mucha gente cree que estos golpes eran bendiciones que evitaban los problemas.

Esto me recuerda una historia sobre el gran Vyasa, autor de los Vedas, los dieciocho Puranas y el *Mahabharata*, con su amada *Bhagavad Gita*. Es en su honor que se celebra Guru Purnima cada mes de julio en India. Mientras estaba sentado una tarde a orillas del río Yamuna, algunas lecheras con cántaros con leche cuajada se acercaron con intenciones de cruzar. Como estaba atardeciendo y el río estaba alto, le pidieron al sabio que interpusiera sus buenos oficios para que el río abriera un camino para ellas. Vyasa les pidió algo de comer, tomó parte de la cuajada que le ofrecieron y luego se dirigió al río: *“Si no he comido nada, abre un camino para estas*

lecheras". El río obedeció de inmediato. Como Vyasa estaba siempre identificado con el Absoluto (*atman*) y no con su cuerpo físico, su forma verdadera no había comido. Nityananda a menudo era descrito de la misma manera.

Mis visitas a Ganeshpuri fueron poco frecuentes entre los años 1948 y 1954. Esto me mantuvo distante de una nueva generación de devotos. Luego, reubicado en Bombay desde 1955 a 1957, a menudo me sentía perdido durante mis visitas mensuales. Además, pasaba mis pocas noches en la sala grande, ya que las que estaban a los lados de la de Nityananda ya no eran utilizadas para los visitantes. Una de ellas ahora era una cocina, mientras que la otra estaba cerrada y se utilizaba como almacén.

Una noche lluviosa de septiembre, en lugar de permanecer en la sala grande, quise sentarme fuera de la cocina, cerca del Maestro, que estaba sentado allí en un banco. A las siete llamó a un devoto que yo no conocía y le pidió que abriera la habitación cerrada para mí. Pasé la noche allí, rodeado de los regalos y las ofrendas para Nityananda. Partí temprano al día siguiente, y me enteré luego de que Nityananda partía esa misma mañana hacia un nuevo ashram en Kailas.

Después de 1957 solo visité Ganeshpuri una o dos veces al año. Debido a lo que le había entendido el año anterior, seguí centrado en mí mismo, atento pero no excesivamente amable con los otros devotos. Cuando Nityananda mudó su vivienda al nuevo ashram en Kailas, se establecieron horarios específicos para el darshan. Ahora casi siempre el hall central del viejo ashram estaba vacío, porque la mayoría de los devotos se reunían en la sala oeste. En mis visitas esporádicas, por lo general ocupaba una esquina del antiguo pasillo, cerca del banco donde el Maestro solía sentarse.

Acostumbraba llegar temprano en la tarde e irme a las siete de la mañana. Sin embargo, para atrapar aunque fuera un atisbo de Nityananda, tenía que golpear a cada hora las puertas de Kailas, hasta que se abrían a las cinco o más tarde. A veces se hacían arreglos especiales para devotos que, como yo, habían viajado grandes distancias, pero yo era ignorado porque los asistentes del nuevo ashram prácticamente no me conocían. Frustrado, me preguntaba por qué el Maestro no hacía arreglos especiales para mí.

Al fin lo vi una noche. Me dijo: “¿Dónde te quedas estos días?”. Me molestó la pregunta, ya que él siempre había parecido saber lo que yo hacía, incluso mientras estaba en lugares remotos. Petulante, le respondí, “¿Dónde más? Ahí”. Con un tono de amonestación, usó su dedo índice para señalar el lugar que había ocupado en el antiguo ashram y dijo: “Solo ahí es bueno”. Confieso que su respuesta no fue clara para mí en ese momento. Estaba demasiado ocupado pensando que si eso era así, ¿por qué estaba en Kailas? Pero me callé. Solo lo entendí cuando dejó su cuerpo físico y sus restos fueron enterrados cerca de ese mismo lugar.

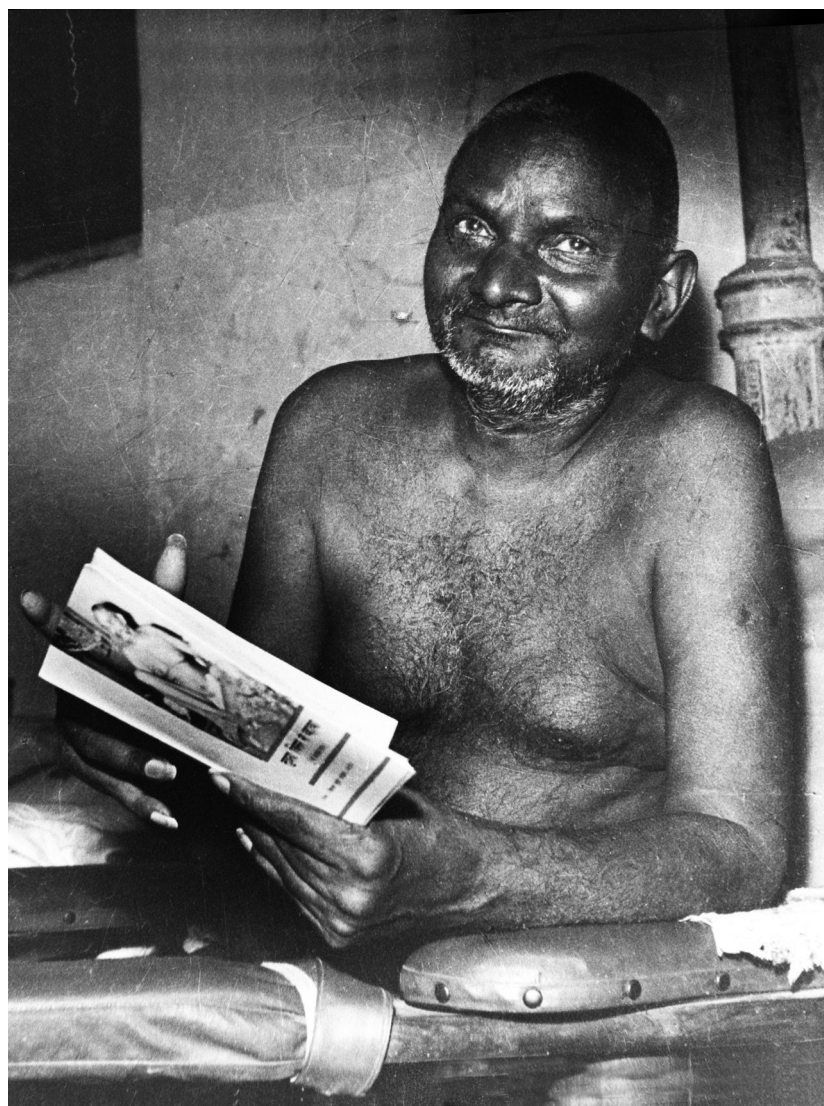
Mi última visita antes de que tomara mahasamadhi fue en octubre de 1960. A última hora de la tarde, y después de numerosos golpes a la puerta a cada hora de mi parte, un ayudante abrió la puerta y me pidió que se sentara al lado de su silla. El Maestro estaba descansando en su habitación. Pasaron unos diez minutos mientras dos devotos trataban de hacer funcionar una nueva grabadora. Las palabras concretas que habían logrado atrapar eran de Nityananda repitiendo,

*“Sin la gracia del guru, nada pasa”.*

Pensando en mí mismo, me preguntaba si mi espera de cinco horas se había debido a la falta de gracia en mi vida. Me preocupaba qué había hecho para merecer este trato. Pasaba este pensamiento por mi mente cuando el Maestro salió de su habitación para recostarse de nuevo, esta vez frente a mí, en la plataforma lateral. La única luz estaba encima de mi cabeza y me miró directamente mientras yo movía mi mirada con nerviosismo. No dijimos nada. Quince minutos más tarde, se levantó lentamente y volvió a la plataforma en su habitación. Me preocupé por lo enorme de su cuerpo y me pregunté cómo se las arreglaría para respirar. Mi asombro fue mayor porque sabía cuán poco comía.

Cuando informé al encargado sobre mi intención de irme temprano en la mañana, me dijo que lo encontrara en los baños a las cuatro. Entré en la sala principal para recibir darshan a las seis. Encontré a Nityananda dormido en la plataforma y vuelto hacia la pared, por lo que me incliné para ver su rostro. Abrió su ojo izquierdo y asintió con la cabeza, indicando que podía retirarme. Una vez más, no se había dicho ni una palabra. Aun cuando mis visitas se volvieron poco frecuentes, siempre me había dicho algo. Esta fue la primera y única vez que reinó el silencio. Tal vez pensó que había alcanzado un mayor nivel de comprensión, pero si fue así, ciertamente yo no era consciente de ello. En verdad, dejé al Maestro pensando que me esperaba una larga lucha. Sin embargo, hoy en día cuando recuerdo los fines de semana dorados pasados en su divina presencia, me lleno de paz interior y felicidad. Estoy eternamente agradecido.

Así termina el libro titulado *Nityananda: en Presencia Divina*. Espero que este pequeño vistazo a la vida del Maestro te otorgue tanta esperanza, alegría y satisfacción como a mí.



# *Índice*

Prólogo por Swami Chetanananda	7
Prefacio	11
Introducción	15
Los primeros años, 1900-1915	21
Sur de Kanara, 1915-1936	27
Descubrimiento en Udipi, 1918	33
Los días de viaje en tren en Mangalore, 1923-1933	41
El ashram en la roca de Kanhangad, 1925-1936	49
Ganeshpuri	
El comienzo, 1936	59
El viejo ashram, 1936-1950	64
El viejo ashram, 1950-1956	86
El nuevo ashram en Kailas, 1956-1961	98
La muerte de Nityananda, 08 de agosto 1961	115
Conclusión	129
Apéndices	
Los santuarios de Ganeshpuri	133
El fotógrafo de Nityananda	137
El Hospital Shri Nityananda Arogyashram	159
Así dicen las estrellas	161
Días de paz y felicidad	163